

nados a hacer fortuna—graves señores pulcramente trajeados, dueños de un "Buick" o de un "Hudson".—Presentaba Carlos la extraña particularidad de ser generoso, compasivo abnegado. Además con aficiones literarias y artísticas y un poco bohemio, no se preocupaba de conseguir una clientela seria y puntual en sus pagos; lo esperaba una vida pobre, modesta y oscura.

Por estas cualidades y excelencias espirituales, por su sensibilidad y su comprensión del arte, por su fuerte y clara cultura, Elguera quería y estimaba a Oliver. Habían vivido muchas horas de bohemia juntos. Al taller del escultor, Carlos, cuando estudiante, traía sus libros. Miguel había acompañado muchas veces a su amigo al hospital. Y las mismas desigualdades y diferencias de sus caracteres los unían más; Elguera era alegre, expansivo, locuaz, más sensual que sentimental, quizás un poco egoísta. Oliver triste, silencioso, huraño, escondía bajo su reserva, un poco altiva, un gran sentimentalismo. Y frente a la vida estaba desarmado por ese mismo sentimentalismo. Miguel, en quien la sensualidad era más fuerte que el sentimiento, estaba llamado a dominar, a vencer a triunfar; había en él, a veces algo de un Benvenuto Cellini.

Esa tarde—como todas—Elguera y Oliver salieron juntos del taller, una vez idos todos. Descendía la noche sobre la ciudad. En el cielo de un azul violeta brillaba ya un lucero. En silencio los dos amigos fueron caminando. De una confitería iluminada a profusión, venían rumores de voces, de risas, de violines que repetían una tonada de moda. Sobre el asfalto reluciente corrían los automóviles, mezclándose sus bocinazos y sus clamores, a la música que resonaba en los cafés y en las confiterías.

Elguera y Oliver, insensiblemente, habían llegado a un paseo situado en las afueras de la ciudad. Amplia, agreste, con majestuosos árboles un poco inclinados, la avenida se encontraba, a esa hora, casi solitaria. Solamente un hombre y una mujer, cerca de una fuente, bajo un ficus inmenso, se miraban sin hablar, las manos enlazadas.

Un estremecimiento sacudió a los jóvenes; en Oliver fué el corazón que se emocionó. Elguera sintió el anhelo de una efímera comunión carnal, de una embriaguez física ardiente y fugitiva.

—¡Que tarde es! dijo el escultor, después de un momento.

Le respondió Oliver. Volvamos....

—Confíesalo, Carlos. Eres un romántico incorregible, un sentimental candoroso e ingenuo.

Y Miguel, cariñosamente, tomaba el brazo de su amigo para quitarle toda acritud a su ironía.

—Seguramente que sí. Yo creo que el amor es toda a vida; a lo menos *sería toda mi vida*.

La voz del joven médico temblaba un poco y su rostro se tornó grave.

—No. (Miguel hablaba con energía.) El amor no puede ser toda la vida de un hombre. Es un episodio; el arte, las ideas la ciencia, las actividades intelectuales son más grandes, más nobles que el amor de una mujer. Yo nunca sacrificaría mi arte a una mujer.

Las palabras del escultor vibraron duras, retadoras, audaces.

Lentamente murmuró Carlos:

—Pues, yo por una mujer amada creo que daría mi vida.

MARIA WIESSE

ENERGADURA DEL ANARQUISTA

soy apretón de manos a todo lo que vive

poseo plena la vecindad del mundo

*mi alma lame las paredes de la humanidad como una llama
y chamusca el dolor asomado a algún balcón.*

el arroyo usa un ritmo asilábico aprendido a mi acento

el futuro va enroscado a la inflexión madura de mi voz

voy colocando postes en las parcelas del tiempo

soy el amundsen de mí mismo

cuantos explorándose se acerquen al infinito

comprobarán las dilatadas leguas de mi viaje

habrá un cartel en cada incertidumbre

*hablo, y a mis palabras no les falta ni una probable
dimensión*

marcho, y los caminos quedan habitados para siempre

grito, y de las campanas gotean sonidos

porque mis iras apuñalean todas las torres

donde siembro un odio crece una bandera

para los hombres de imposible presente

nada de sangre: me corre un viento por las venas

mi corazón es una veleta en lo más alto de mi vida

AIBERTO HIDALGO.